

SABOYA EN LA POLITICA DEL DUQUE DE LERMA: 1601-1602

P O R

JOSE LUIS CANO DE GARDOQUI

INTRODUCCION

Las directrices políticas de Saboya —trazadas en la restauración de 1559— se encaminaron en un principio a la expansión del Ducado hacia el sur de Francia. Esta tendencia, acentuada bajo Carlos Manuel I, era casi obligada, porque la estrecha dependencia de España impedía la marcha a costa de territorios italianos y porque la debilidad de la casa de Valois proporcionó prometedoras esperanzas.

Sin embargo, ya Felipe II hizo caso omiso de los deseos del duque de Saboya, que venían a interferir sus planes sobre el futuro de la monarquía francesa. Con Felipe III, Carlos Manuel se prometió mayores venturas, porque esperaba poder adecuar los naturales ímpetus de su juventud a sus necesidades políticas (1). Pero la debilidad y templanza del nuevo rey, las tendencias pacifistas del válido duque de Lerma y la permanencia en el Gobierno de ministros del reinado anterior (alimentados en la desconfianza hacia el temperamento inquieto y versátil del saboyano), constituyeron unos obstáculos de imposible superación, ya desde los comienzos. Así se vio claramente en las fallidas aspiraciones de Carlos Manuel sobre el marquesado

(1) No tuvo inconveniente Carlos Manuel en criticar la actuación de su suegro, con tal de halagar al joven sucesor, al quejarse de que, por los errores de Felipe II “no ha salido con lo que siempre trató”, y haberse hecho la paz, dejando la cuestión de Saluzzo “en el dudoso arbitrio de Su Santidad”; y comentaba esperanzado el valor y ánimo del nuevo rey para remediar sus infortunios. El embajador de Saboya a Felipe III. *Archivo General de Simancas; Estado*, Milán, 1285.

de Finale y en el revés sufrido en sus pretensiones sobre ciertos territorios de Mónaco, cuyo señor, Hércules Grimaldi, se encontraba bajo la protección del monarca español y con guarnición pagada a cuenta de la Cámara de Milán.

Es decir, que España no varió la conducta seguida por Felipe II en los últimos tiempos de su reinado. Todos los planes y propuestas de Carlos Manuel irían chocando con los intereses españoles que, por lo general, le eran contrarios. Hasta en las ayudas económicas se siguió el camino trazado, y quedaron limitadas a cinco mil ducados al mes y a la paga de las guarniciones de Niza y Villafranca (2). En las instrucciones entregadas a Mendo Rodríguez de Ledesma, nombrado embajador en Saboya, se precisaba, incluso, que aquellos cinco mil ducados habían sido cobrados por el duque con una antelación de varios meses (3). Más que una alianza, España tendía a ejercer un verdadero protectorado sobre los estados saboyanos, porque se temía —con fundamento— que no eran lo suficientemente fuertes para resistir por sus propios medios una agresión francesa (4). Ya con anterioridad a la guerra francosaboyana de 1600, se intentó situar guarniciones españolas en las principales plazas fuertes de Saboya y el Piamonte.

Aquel persistente recelo en la debilidad militar del duque —tan poco en consonancia con su natural ambicioso—, se agravó con su actitud durante el asunto de Saluzzo. Aumento de mayor desconfianza constituyó su viaje a Francia para entenderse directamente con Enrique IV, desoyendo las advertencias de los ministros españoles en Italia e incluso las órdenes de Felipe III. Hasta el punto que, en las instrucciones secretas entregadas a Ledesma, se recordaba la inclinación francesa de muchos de los consejeros de Carlos Manuel, y se le ordenaba interferir toda posibilidad de matrimonio entre los príncipes de Saboya y los hijos del gran duque de Toscana (entonces en veleidades pro francesas), que había propuesto Enrique IV a instancias de éste y tan convenientes a la acción francesa, para fundamentar una oposición antiespañola importante en Italia (5).

(2) Valencia, 5 de abril 1599; Felipe III a Juan Fernández de Velasco, condestable de Castilla; A. G. S., E. 1896.

(3) Ateca, 11 marzo 1600; A. G. S., E. 1288.

(4) Ibidem.

(5) Ateca, 11 marzo 1600; A. G. E., E. 1288.

Dentro del mismo recelo, la solicitada educación de los hijos de Carlos Manuel en la corte de España fue insustituible pieza de juego, porque además de procurar formarles en los principios ideológicos constitutivos de la monarquía hispana, podrían convertirse en verdaderos rehenes que limitaran las temerosas ambiciones del padre. Una prenda más, y bien positiva, para mantener al duque dentro de la misión que la mentalidad de Felipe II le había asignado en el complejo político de la monarquía española en Europa. Una y otra vez insistió Felipe III en la necesidad de que la venida a España de los príncipes se realizara cuanto antes, especialmente del sucesor, el de Piamonte; pero Carlos Manuel la demoró con el pretexto de la oposición de sus vasallos al viaje (6).

La situación por que atravesó el Duque, al ser atacado por Enrique IV, en 1600, repercutió lógicamente en sus relaciones con España, ya que hubo de entregarse, atado de pies y manos, a los dictados de la corte española. Y el resultado inmediato, aparte el aumento del recelo, fue favorable a los propósitos de la política de Lerma: tratar de uncirle por completo y definitivamente a los destinos de la monarquía.

LAS RELACIONES HISPANOSABOYANAS DESPUES DE LA PAZ DE LYON.

El tratado de Lyon (1601) con Francia, supuso un hito de trascendencia para el destino de Saboya. Desvanecido el quimérico sueño de sus duques de reconstruir el viejo reinado de Arlés, a costa de los vecinos territorios franceses, la dinastía saboyana iba a buscar campo a su ambición en la propia Italia. Sin embargo, tendría que probarse antes que aquel tratado no podría deshacerse por la fuerza de las armas españolas, unidas a las de Saboya. No fue, por lo tanto, un hecho decisivo —como en tantas ocasiones se ha escrito—, porque las tradicionales directrices políticas no fueron abandonadas de pronto por Carlos Manuel I. Serían premisas previas los fracasos de la conspiración del duque de Biron en Francia (al socaire de la cual recuperar lo perdido en Lyon); el fallido intento sobre Ginebra y, por fin, el término de las ilusiones de sucesión de sus hijos a la coro-

(6) *Ibidem.*

na de España, para que se fuese dibujando en la mente del duque la idea de un cambio absoluto en su política.

Por el momento, y en riguroso orden cronológico, toda su acción se cifró en recuperar los territorios perdidos en la guerra contra Enrique IV, por medio del levantamiento de Biron, secundado por los católicos "ultra" franceses y los restos de la facción nobiliar, disgustadas por las medidas absolutistas del monarca. Es claro que Carlos Manuel había quedado muy molesto con la corte de Felipe III, al no haberse hecho realidad las ilusiones depositadas en una ayuda eficaz e inmediata durante la guerra. Pero nuevamente volvía a necesitar de su apoyo en este acontecimiento que se avecinaba y que pensaba simultanear con un ataque sorpresa sobre Ginebra.

La afirmación de que, tras la paz de Lyon, Carlos Manuel dirigió hacia Italia la suerte del ducado, tan poco compaginable al mantenimiento de su estrecha alianza con España, se ha intentado explicar por algunos historiadores italianos en la misma naturaleza del Duque, poco dispuesto a cejar en su sueño de engrandecimiento, a costa de quien fuese (7). Así se compaginarían sus intentos en lo de Biron, el ataque a Ginebra y la educación de los príncipes en la corte de Felipe III (8). Pero ¿no es más lógico suponer que un revés no es bastante para obligar a emprender un nuevo camino a la naturaleza humana? Ya en su juventud, Carlos Manuel mantenía como norte político unirse a España o a Francia, a tenor de los beneficios que de sus monarcas pudiera prometerse (9). Pues bien, frente a la debilitada monarquía francesa de los Valois, prefirió unir su suerte a la de los monarcas españoles, prometiéndose los resultados más provechosos, y precisamente a costa de los primeros. Y llegó a materializar en su mente la esperanza a la sucesión del trono de España cuando trontrajo matrimonio con la infanta Catalina Micaela; tal vez por ello aceptó a cierraos la resolución de Felipe II de no dotar a su

(7) "... non rinunciò affatto ad alcun segno d'ingrandimento, in qualunque parte apparisse l'eventualità di una modificazione". R. Quazza: *Storia politica d'Italia. Preponderanza spagnola (1559-1700)*. Milano, 1950, pág. 398.

(8) "...lo spinsero ad una ideazione ininterrotta di imprese, le più varie, le più lontane, le più utopistiche nella pratica...". Ibidem.

(9) "...non legarsi nè a Spagna nè a Francia, se uno di questire non gli dava tale aumento de dominio che potesse difendersi dell'altro, quando ne fosse minacciato". Italo Raulich: *Storia di Carlo Emanuele I, duca di Savoia*. Milano, 1896; t. I, pág. 148.

hija con ningún Estado (10). Si las paces de Vervins y Lyon tanto quebranto supusieron en aquella directriz política del Duque, no habían muerto todas sus ilusiones cuando a aquellos fracasos vinieron a sumarse las fallidas empresas de Biron y Ginebra. Porque, aún entonces, cuántas dudas y vacilaciones antes de tantear la alianza de Francia, separándose de España.

Los primeros intentos de desvío del duque, no fueron definitivos hasta que, en 1605, el nacimiento del príncipe Felipe —futuro Felipe IV— borró la remota esperanza que le mantenía ligado a la monarquía española: la sucesión del trono para uno de sus hijos, que casaría con la infanta mayor Ana, nacida en 1601. Todavía hasta 1610, fecha de su alianza con Enrique IV (tratado de Brossolo), pasarían otros cinco años, durante los cuales fue preciso que las esperanzas en los beneficios que le reportaría su unión con España, se terminaran de disipar, a la par que crecían los anhelos de aliarse con el monarca francés, buscando compensación territorial en Italia. A ello hubo de añadirse, además, la completa seguridad en que la debilidad de reacción de la corte de Felipe III —tan *prudentermente* conducida por Lerma—, alejaría las graves consecuencias de un peligroso castigo (11).

En lo concerniente a la postura de Enrique IV de Francia —después del tratado de Lyon—, no sufrió variación hacia Carlos Manuel; alimentando los mismos sentimientos de enemistad, acrecentada, si cabe, con el descubrimiento de su participación en la conspiración de Biron. Si algún atisbo diferente se llega a vislumbrar en la conducta francesa, se dirige, en virtud del propio interés defensivo, a canalizar los esfuerzos que tendían a separar al Duque de su alianza con los Habsburgo, gracias a la diplomacia de Villeroy, ministro de Enrique IV (12).

La actuación de Carlos Manuel (tan arriesgada y poco en consonancia con la política pacifista de Lerma, afirmaba en España la convicción de aquellos partidarios de la desconfianza hacia el duque;

(10) *Ibidem*, pág. 215.

(11) Vittorio di Tocco: *Ideali d'indipendenza in Italia durante la preponderanza spagnuola*. Mesina, 1926, pág. 52.

(12) Así lo determina su biógrafo J. de Neuailac, al resumirla en estas palabras: "...ré-chauffer les sentiments du duc, pour le tenir les plus possible loin des Espagnols". *Villeroy, secrétaire d'Etat et ministre...* (1543-1610). París, 1909, página 439.

y a sus continuas presiones en la corte, con el objeto de lograr ayuda en mil empresas y planes, "la Spagna si dimostrava fredda o contraria" (13). Lo que no podía tampoco escapar a un espíritu tan perspicaz y tan bien informado; lo mismo que su conocimiento sobre la causa primordial de las constantes negativas: la situación económica porque atravesaba la monarquía (14). Partiendo de este recelo mutuo —aumentado el de España en la fidelidad del duque y en sus fuerzas—, la corte de Felipe III supeditó todo a intentar contenerle estrictamente en los límites impuestos por las propias conveniencias e intereses. En el primer supuesto, procurando hacer realidad la venida de los príncipes a Valladolid —residencia de la corte—; en el segundo, dotar a Saboya de una potencia eficaz, a fin de que cumpliera con el papel asignado por Carlos V de defensa y escudo de la monarquía de Italia, mediante la permanencia de guarniciones españolas en sus plazas fuertes más señaladas. Es ésta la misión que, después de la paz de 1601, se encargarían de cumplir el embajador Ledesma y, muy especialmente, el conde de Fuentes desde el Milanesado.

Pero resentido Carlos Manuel por las adversas estipulaciones del tratado de Lyon, en lo que inculpaba a España, el Conde de Fuentes le encontró muy poco dispuesto a secundar los deseos de Felipe III de enviar sus hijos a España; en cambio, se apresuró a exigir, y eso con grandes instancias, la retirada de las tropas españolas que habían entrado en Piamonte y Saboya en el transcurso de la guerra (15). Alegaba el Duque de Piamonte, la penosa situación del Piamonte, incapacitado para sostener un número elevado de soldados (cerca de dieciséis mil (16). No tardaría en mudar de opinión; pues, habiendo depositado tantas esperanzas en sus contactos con los amigos franceses, necesitaba tropas españolas para el designio que tenía de recuperar por las

(13) Ercole Ricotti: *Storia della monarchia Piemontese*. Firenze, 1861-65, vol. III, pág. 326.

(14) Decía Jacome Antonio della Torre, agente de Carlos Manuel en la corte de Felipe III, en 23 de marzo de 1602: "Qui non ci è un soldo... il duca di Lerma divora tutto il denaro... tutta Spagna sono malissimo soddisfatti del governo delle finanze e della giustizia". Ibidem, pág. 331.

(15) Milán, 24 marzo 1601; el conde de Fuentes a Felipe III; A. G. E., E. 1290.

(16) Turín, 29 marzo 1601; Mendo Rodríguez de Ledesma al mismo; A. G. S., E. 1290.

armas los territorios perdidos en la guerra (Bresse, Bugey y Valromey). Cuando en un Consejo de Estado —reunido por Carlos Manuel en el mes de abril de 1601—, algunos de los consejeros le expresaron sus temores de que las tropas españolas quisieran permanecer en Saboya, aun después de haber entregado los franceses las plazas capituladas por la paz, contestó el duque que aquella suposición no tenía fundamento, y es porque esperaba confiado en que las órdenes que diera el monarca español a aquellas tropas estarían muy próximas a sus deseos (17).

Las negociaciones con el Duque de Biron sirvieron, pues, para borrar, casi por completo, el descontento del duque respecto a la actuación de España en la guerra recién terminada; dedicado como estaba entonces a planear su revancha contra Enrique IV. Sin embargo, la mayoría de las tropas españolas que permanecían en sus Estados, fueron reorganizadas para pasar, seguidamente, a Flandes en aquel mismo verano de 1601 (18).

HACIA EL ESTABLECIMIENTO DE BASES MILITARES EN SABOYA

Aprovechando la buena disposición de Carlos Manuel, y siempre al socaire de sus negociaciones con los confidentes amigos que tenía en Francia y a su planeada empresa sobre Ginebra, los ministros españoles cumplieron el objetivo señalado de asegurar Saboya y asegurarse de la persona del duque, mediante la entrada de guarniciones españolas en las plazas más importante del Ducado.

Ya en mayo de 1601, el embajador Ledesma, apoyándose en las palabras de Carlos Manuel (quien le aseguró que, si se rompía la guerra con Francia —en lo que tanta ilusión ponía—, “él daría todas las plazas de Saboya y lo demás que se le pidiese”), le aconsejó situar tropas españolas en las mismas, a fin de evitar los desastres de la última guerra por la debilidad de sus fuerzas (19). Aunque, a decir verdad, el pensamiento del Duque era muy otro en cuanto a su utilización —ofensiva y nada defensiva—, se apresuró a tentar esta posibilidad, lo cual solicitó del conde de Fuentes —por medio de su se-

(17) Turín, 17 abril 1601; el mismo al mismo; A. G. S., E. 1290.

(18) Milán, 19 abril 1601; Fuentes al mismo; A. G. S., E. 1292.

(19) Turín, 6 mayo 1601; Ledesma al mismo; A. G. S., E. 1290.

cretario, Roncas— que no pasaran a Flandes las tropas estacionadas entonces en Saboya y el Piamonte, al objeto de emplearlas en la guerra que los amigos franceses iban a iniciar contra Enrique IV. Fuentes respondió que no podía desobedecer la orden de su rey de enviar las tropas a Flandes con la máxima rapidez (20); y en el mes de junio, los tercios comenzaron a pasar al Franco-Condado por el angosto paso establecido en las estipulaciones del tratado de Lyon (21).

En la corte de Saboya, sin embargo, y en contra de los deseos mostrados por el Duque, hubo consejeros que intentaron sacar fruto de su disgusto por el resultado de la guerra y el tibio apoyo de España, tratando de inclinarle hacia Francia (22), quizá también asustados por la potencia militar de Enrique IV e influenciados por su destacada personalidad. Le instaban a que no enviase los príncipes a España, porque, ante todo, debía considerar la vecindad de Francia, cuyo dinamismo —a punto de renovar su alianza con los suizos— era tan contrastado con la parsimonia y debilidad de la política española, en la que no se podía fundamentar ninguna ayuda (23).

El Conde de Fuentes, aunque no había podido complacer a Carlos Manuel de momento, intentó aprovechar su buena disposición al esconamiento de tropas en las plazas fuertes e ideó valerse de los mismos confidentes franceses para obligarle al consentimiento. Biron había enviado un nuevo secretario a Milán, con el propósito de proseguir las conversaciones entabladas con el Conde, del que se valió éste para disponerle a su plan, con el pretexto de contribuir a la seguridad de Biron y sus partidarios, que con más prontitud y eficacia, podrían ser socorridos desde Saboya, si se situaban allí tropas españolas, pues que tan poco se debían fiar de las del duque (24). Vino a coincidir tal petición con la efectuada, casi al mismo tiempo, por otro enviado de los confidentes cerca del duque, de que mandara a sus hijos a la corte de Felipe III y asegurase sus plazas en mejor forma de como se encontraban entonces (25). Poco después volvió Roncas a Milán, para encauzar la empresa de Ginebra, que Carlos Manuel

(20) Milán, 3 junio 1601; Fuentes al mismo; A. G. S., E. 1290.

(21) Milán, 3 junio 1601; el mismo al mismo; A. G. S., E. 1290.

(22) Turín, 14 julio 1601; Ledesma al mismo; A. G. S., E. 1290.

(23) Turín, 31 julio 1601; el mismo al mismo; A. G. S., E. 1290.

(24) Milán, 5 agosto 1601; Fuentes al mismo; A. G. S., E. 1290.

(25) *Ibidem*.

confiaba fuese causa o principio del ataque general contra Enrique IV. Ilusionado con arrancar la conformidad del ministro español, no dudó, además, de ordenar a Roncas que aludiera a la solicitud de los amigos franceses sobre la entrada de guarniciones españolas en sus plazas fuertes. Astutamente y con la mayor cautela, Fuentes se negó a acceder, alegando que no tenía órdenes, porque no se sospechase quién era el autor del plan (26).

Bien es verdad que la corte de Felipe III coadyuvaba poco a la idea porque, habiendo enviado Carlos Manuel al marqués de Este a Valladolid, con unas peticiones muy particulares, se contestó a todas como de pasada y denegadas la mayoría; en especial sus pretensiones sobre Finale, Menton y Rocabrana, y el aumento de asignación sobre los cinco mil ducados concedidos mensualmente (27). Sin embargo, de esto, el plan de Fuentes —que permitía a España asegurar del mejor modo la fidelidad del duque, al paso que mantener en continua alarma al monarca francés por la presencia de tropas españolas en sus fronteras— fue aprobado en todos sus extremos por el monarca español. Y no sólo en el presupuesto del resultado de las negociaciones con los católicos “ultra” franceses, sino, también, con el recuerdo de la infidelidad y cobardía de los que habían ejercido el gobierno de las plazas saboyanas durante la pasada guerra con Francia. También se ordenaba a Fuentes conducir el asunto con el mayor recato y disimulo, para que ni el duque ni sus consejeros sospechasen el verdadero fin (28).

El medio utilizado de emplear a los confidentes franceses, resultó acertadísimo para convencer a Carlos Manuel o, a lo menos, si ya lo estaba, alejar sus últimos escrúpulos. El secretario de Biron manifestó a Fuentes que había hablado al duque con toda claridad, pues que llevaba orden tajante de pedirle que, además de estacionar guarniciones españolas en sus plazas, debía enviar inmediatamente a sus hijos a España, para que los católicos de Francia comprobaran su dependencia total del monarca español, pues, de otro modo, no

(26) Milán, 30 septiembre 1601; el mismo al mismo; A. G. S., E. 1290.

(27) “El Consejo holgara que la Hacienda de Vuestra Majestad estuviera en estado que al duque se le pudiera dar satisfacción... pero estado como está... debe contentarse por agora”. Valladolid, 21 octubre 1601. Consultas del Consejo de Estado; A. G. S., E. 1937.

(28) Valladolid, 3 noviembre 1601; Felipe III a Fuentes; A. G. S., E. 1937.

se fiarían de él (29). El duque había prometido cumplir estos deseos, y se apresuró a escribir a Fuentes que estaba dispuesto a recibir las tropas, anunciando también la ida de Roncas a Milán (30). La firme creencia en que aquello significaba el primer paso antes de pasar a mayores efectos y de que España estaba decidida a la acción, evitó cualquier sospecha o recelo.

A pesar de todo, los días fueron pasando, sin que formalizase la solicitud del envío de tropas. Fuentes volvió a enviar a Turín al secretario de los confidentes con orden de no moverse de allí hasta que el duque se decidiese de una vez a admitir las guarniciones (31). El embajador Ledesma, previamente avisado, también tomó en sus manos el asunto, intentando, por todos los medios a su alcance, conducirlo a una pronta solución. Y el secretario de Biron se movió con tanta destreza, apoyado por Ledesma, que "su Alteza no ha podido dexar de asegurarle que lo hará, estando el mariscal y los demás resueltos a lo que se ha tratado y Vuestra Majestad servido d'ello" (39). Con la misma respuesta regresó a Milán el secretario, acorde con Fuentes en el beneficio que, de la aceptación de Carlos Manuel, se seguiría para la seguridad del Milanesado y tranquilidad de Italia.

GUARNICIONES ESPAÑOLAS EN PLAYAS SABOYANAS.

Finalmente, el 28 de enero de 1602, llegó a Milán el señor de Albigny, gobernador de Saboya y partidario de la alianza española para, en subterfugio inútil, aunque nacido de la ignorancia del duque en los planes españoles, dar cuenta de ciertos movimientos militares en Francia, de los que se podía inferir el propósito de Enrique IV de renovar las hostilidades (33). Eran noticias sin fundamento, en las que Carlos Manuel pretendía encontrar los argumentos necesarios para vencer la estudiada oposición de Fuentes, solicitando con viva instancia el envío de dos mil soldados a Saboya. Contestó Fuentes que

(29) Milán, 11 diciembre 1601; Fuentes a Felipe III; A. G. S., E. 1290.

(30) Ibidem.

(31) "... porque volver sin quedar esto hecho y ellos por esta vía asegurados, no sería bien recibido por su dueño ni por los demás". Milán, 23 diciembre 1601; el mismo al mismo; A. G. S., E. 1290.

(32) Turín, 4 enero 1602; Ledesma al mismo; A. G. S., E. 1281.

(33) Milán, 28 enero 1602; Fuentes al mismo; A. G. S., E. 1291.

únicamente accedería al paso de las tropas, si con éllas se guarnecían las plazas de Charbonnières y Montmélian; y, para ocultar aún más sus designios, alegó el riesgo que, de todos modos, corría, pues ignoraba la voluntad de la corte española. Que, en efecto, había sido instado por los amigos franceses a enviar tropas a Saboya y, aunque el secretario de éstos le había dado a conocer el interés del duque, no se había resuelto, y si en aquella ocasión accedía, era por el peligro que parecía amenazar nuevamente los Estados del Duque (34). Pretendía Fuentes hacerse muy de rogar para alejar toda sospecha sobre sus intenciones verdaderas y conseguir así, indirectamente, las mayores seguridades de que las tropas enviadas no serían empleadas a capricho de Carlos Manuel. Cumplida su misión, Albigny no pudo concretar más con Fuentes; pero no tardó éste en comprobar que, como había supuesto, los anunciados movimientos militares franceses eran simple argucia del duque (35) de contar con fuerzas suficientes y experimentadas en Saboya con que acometer las empresas que entonces bullían en su mente: Biron y Ginebra.

Estos últimos acontecimientos hicieron suponer a la corte de Felipe III, que Carlos Manuel había caído por completo del lado de España, por lo que, para impedir la pérdida de ocasión tan propicia, se le ordenó, en marzo de aquel mismo año, que el primero de abril saliesen los príncipes hacia Génova, a fin de embarcase en la galera real que los conduciría a la Península (36). Sin embargo, tal orden no iba a resultar de tan fácil cumplimiento; era una baza demasiado fuerte que el duque se reservaba y apeló a todas sus dotes para demorar el viaje durante más de un año. El conde de Fuentes, con instrucciones a efecto, comunicó al monarca que, aunque el Duque aparentaba apresurarse en los preparativos del viaje de sus hijos, “puedo pensar... que no irán con la brevedad que Vuestra Majestad manda, porque hasta que llegue el marqués d’Este, no tomará resolución en muchas cosas y cualquiera bastará para alargar su ida...” (37).

(34) Ibidem.

(35) “... y así creo que aquella voz fue para disponer el enviar los españoles a Saboya, y que era negociación de Albiní, persuadiendo al de Champlot lo escribiese, valiéndose de las intenciones con que se sabe van franceses en esta parte...”. Milán, 16 febrero 1602; el mismo al mismo; A. G. S., E. 1291.

(36) “...de manera que sin falta estén en ella a primero de dicho mes de abril...”. Valladolid, 9 marzo 1602; Felipe III a Carlos Manuel; A. G. S., E. 1937.

(37) Milán, 13 abril 1602; Fuentes a Felipe III; A. G. S., E. 1291.

No se debía perder de vista ni la suspicacia ni la inconstancia de Carlos Manuel, que cambiaba dos y tres veces de parecer antes de decidirse. Cuando, tanto Fuentes como Ledesma, se las prometían muy felices, creyendo tenerle totalmente dispuesto a aceptar las guarniciones españolas, el duque pareció volverse atrás, al dejarse decir ante el secretario de los confidentes franceses —por cuya mano seguía corriendo el negocio— que, cuando se iniciara la guerra, ya habría lugar de meter aquellas tropas en sus plazas, y no antes. No todo estaba perdido, porque como los conjurados ponían en tal concesión la premisa indispensable para continuar sus negociaciones, la amenaza de excluirle de las mismas, debieron bastar para vencer sus últimos escrúpulos (38).

No hizo falta. Un suceso no esperado y aparentemente contrario: la detención del Mariscal de Biron, dejó a Carlos Manuel en la difícil situación que era de prever ante el rey de Francia. Temeroso de lo peor, que se le viniera de nuevo encima toda la potencia francesa (39) por los aprestos militares que hacía Enrique IV, decidió instar con la solicitud más apremiantes la entrada de las fuerzas españolas en sus Estados. Entonces pudo conocerse el porqué de sus dilaciones a enviar sus hijos a España y de su negativa a admitir las guarniciones españolas: las respuestas llevadas por el marqués de Este a su regreso de España no le habían satisfecho, en especial al no hallar eco en aquella corte sus propuestas de comenzar la guerra contra Enrique IV e intentar la empresa para apoderarse de Ginebra (40).

La situación parecía grave ante Francia. El mismo embajador Ledesma estaba convencido de que el duque no iba a salir bien librado de aquella, porque presumía que, una vez apaciguado el interior del reino francés, el nublado descargaría sobre Saboya; y por ello se apresuró también a pedir la ayuda de Fuentes (41). El conde se mantuvo tranquilo, a pesar de haberse reducido a la nada la negociación de Birón y demás confidentes franceses; decidido a sacar el mayor partido posible de lo que pudiera salvar, comprendió rápidamente que el fracaso tenía la faceta positiva de permitirle el cumplimiento de sus planes sobre Saboya, y se dispuso a aprovecharse

(38) Milán, 13 abril 1602; el mismo al mismo; A. G. S., E. 1291.

(39) Turín, 26 junio 1602; Ledesma al mismo; A. G. S., E. 1291.

(40) Blois, 11 mayo 1602; Juan Bautista de Taxis al mismo; A. G. S., K. 1605.

(41) Turín, 26 junio 1602; Ledesma al mismo; doc. cit.

de los temores de Carlos Manuel (42). Todavía vino a favorecerle la reacción de la corte francesa, porque, procediendo Enrique IV con temor análogo al del Duque, al no conocer el alcance de la tentativa de Biron y, como hubiese oído decir que el Duque se armaba en la frontera de Bresse, ordenó que el mariscal de Lavardin se acercara con un ejército a aquella provincia (43). La noticia no tenía otro fundamento que el paso del tercio de napolitanos de Lelio Brancaccio —1.300 hombres— en dirección a Flandes, y que quedó detenido en Saboya por orden de Fuentes cuando Lavardin cortó el puente de Gressin, única comunicación con el Franco-Condado desde la paz de Lyon (44).

El efecto producido en Saboya por la presencia de un ejército francés en sus fronteras —cuyo contingente fue exagerado alarmantemente—, no es fácil de describir. Carlos Manuel, que había reducido sus peticiones de tropas (misión de Albigny en Milán) a 2.000 hombres para las plazas de Saboya y otros mil, como máximo, para las del Piamonte (45), hubo de verse presionado por el miedo de los pusilánimes y el esfuerzo de los que pudieran llamarse componentes del partido español en la corte; los cuales, explotando la inminencia del ataque francés, le arrancaron la entrega a las guarniciones españolas de las plazas de los valles de Tarantaise y Maurienne, Motier, Conflans, San Juan, etc. e incluso, si lo deseara el conde de Fuentes y para mayor seguridad, de Charbonnières, Briançonnet y Burgo de Montmélian, excepto su ciudadela, a no ser en caso de sitio de la plaza (46). Y cuando Lavardin engrosó su ejército, el duque ya no se atrevió a resistir por más tiempo y se apresuró a enviar persona propia a Milán, encareciendo a Fuentes no se demorase ni un instante en el envío de las fuerzas (47). A esta solicitud, el conde mandó las siete compañías que le quedaban del tercio del maestro de campo

(42) Milán, 28 junio 1602; Fuentes al mismo; A. G. S., E. 1291.

(43) Paris, 10 julio 1602; Taxis al mismo; A. G. S., K. 1605.

(44) Milán, 12 julio 1602; Fuentes al mismo; A. G. S., E. 1291.

(45) Milán, 14 julio 1602; el mismo al mismo; A. G. S., E. 1291.

(46) Turín, 16 julio 1602; Ledesma al mismo; A. G. S., E. 1291.

(47) "...el marichal de Lavardina y Ladiguiera se hallaban con más de ocho mil hombres, con orden de su rey de hacer progreso d'esta parte, pidiéndome acudiese yo de la mía a que no se perdiese Saboya, como el año pasado..., apretando la promesa de que, en caso de necesidad, metería infantería española en Monmillan...". Milán, 31 julio 1602; Fuentes al mismo; A. G. S., E. 1291.

Orozco; de ellas, cuatro al burgo de Montmélian, dos a Charbonnières y una al castillo de Briançonnet. Al mismo tiempo, Sancho de Luna, con quince compañías de su tercio fue enviado a Motier, cabeza de Tarantaise, y a San Juan, que lo era del valle de Maurienne. Las tropas llevaban órdenes tajantes de no cometer excesos y de evitar cualquier fricción con las francesas, de no ser atacadas. La situación estratégica elegida, pudiendo enlazar unas guarniciones con otras, así como las condiciones topográficas del territorio, facilitaban extraordinariamente la defensa de Saboya, sin necesidad de aumentar, de momento, el número de soldados. Los napolitanos de Lelio Brancaccio, reformados en seis banderas, se refugiaron en Conflans, plaza de la que, en caso de peligro, podrían retirarse para unirse con la guarnición de Briançonnet (48).

Carlos Manuel enseguida pasó factura por aquella concesión; aunque forzada, concesión al fin. Su secretario Juan de Urbina dio cuenta a Felipe III de lo sucedido, en términos muy alejados de la realidad; diciendo (como luego, en verdad, acaeció) que el ejército francés amenazaba el paso de Gressin y no los territorios del Duque, e insistiendo en que los franceses no pensaban invadir Saboya. También acusó a Fuentes de lentitud: “el Conde se mostró lento en enviar los españoles a Saboya...”; y, a continuación, ensalzando sobre tales fundamentos la entrega de su señor al servicio del monarca español, significó que el duque pagaba de su propio peculio el vino y la carne de las guarniciones, porque sus Estados no podían hacerlo. Sumaba esta partida siete mil ducados al mes, sin contar otros tantos que en forraje y utensilios debían proporcionar sus vasallos. Solicitaba, en suma, que, por lo menos le fuesen pagados cuatro mil quinientos al mes, ya que, de otro modo, “se trata de lo imposible el poder Su Alteza pasar adelante, y acuerda los inconvenientes grandes que pueden nacer de no tener la dicha gente en Saboya” (50).

No sólo trató Carlos Manuel de cobrarse los gastos originados por unas tropas solicitadas para su propia seguridad (lo que no necesita explicación, ante situaciones análogas contemporáneas), sino

(48) Ibidem.

(49) “...siendo la última puerta y camino que de tanto ha quedado por aquella parte para socorrer los Estados de Flandes”. Julio 1602; Juan de Urbina al misma; A. G. S., E. 1290.

(50) Ibidem.

que, habiéndose retirado Lavardin de Bresse por orden de Enrique IV, pretendió apartarse de lo concertado, con la insinuación de ser más conveniente el englobar las tropas españolas en las suyas, para estar mejor a la mira de hacia dónde se debería acudir (51). Libre del temor de la amenaza francesa, pudo considerar que poner guarniciones españolas en las principales plazas, era tanto como hipotecar su libertad y su mismo Estado. Pero era tarde para evitarlo; Sancho de Salinas y Sancho de Luna, bajo las consignas recibidas de Fuentes, hicieron ver al duque "... lo mal que parecería hacer desconfianza de quien con tantas veras acudía a sus cosas...". Debió, pues, resignarse y contemplar la entrada de las fuerzas en los lugares señalados, con la única salvedad de que los capitanes prestasen juramento de guardar las plazas en su nombre y de salir de ellas en cuanto se lo ordenase (53); leve expediente para salvar el honor.

REPERCUSIONES MÁS SEÑALADAS.

El Consejo de Estado español recibió con la mayor alegría la entrada en Saboya de las tropas enviadas desde el Milanesado, apresurándose a consultar la aprobación a la conducta seguida por el conde de Fuentes (53).

Conseguido el objetivo principal, procedió Fuentes con más delicadeza y cortesía en las cosas del duque en lo sucesivo, no importándole un ardite las formalidades pedidas respecto al juramento de fidelidad de los capitanes. Despachó a Turín a Sancho de Salinas (54), con orden de expresar a Carlos Manuel que, no sólo el juramento, sino "... cuantas más prendas quisiese le daría, para que echase de ver que no se llevaba otra mira que asegurarle sus plazas y servirle"; aunque ponía en su consideración lo indigno que resultaba "dar a entender al mundo que no se aseguraba de la hermandad de Vuestra Majestad...", puesto que, si necesitaba alguna otra seguridad, él mismo

(51) Milán, 20 agosto 1602; Fuentes al mismo; A. G. S., E. 1291.

(52) "...en que, venciendo todas las dificultades, he venido por darle satisfacción y convertir tanto al servicio de Vuestra Majestad asegurar aquel Estado". Ibidem.

(53) Valladolid, 23 agosto 1602; Consultas del Consejo de Estado; A. G. S., K. 1605.

(54) "...que es el instrumento que me valgo para movelle...". Milán, 27 agosto 1602; Fuentes a Felipe III; A. G. S., E. 1291.

se la daría de que, en el momento en que ordenara salir las guarniciones de sus plazas, así lo harían, sin poner ninguna dificultad ni dilación (55). Al propio tiempo, para cortar toda eventualidad, le previno también de la mala situación militar y económica en que se encontraba el Milanesado, al objeto de salir al paso de sus imprudencias que, el sentirse fuerte con aquellos contingentes militares, indudablemente le animaría a arriesgar (56). No hacía Fuentes sino adelantarse a las órdenes de Felipe III, el cual, muy firme en el camino de la paz y habiendo desaparecido los nubladros ocasionados por la intentona de Birón, prohibía el acceso del duque a los territorios de Saboya, “por lo que de su ánimo y gallardía se podría temer que, hallándose con la gente que allá está, no haga alguna cosa con que me ponga en mayor obligación” (57). Y es que, en aquellos momentos en que toda la política de España tendía al acercamiento a Francia, sobre la base del matrimonio astutamente propuesto por Enrique IV del Delfín con la infanta Ana —nacidos ambos en 1601—, era preciso “no dar al rey de Francia las sombras y sospechas que le causarían verle acercarse al duque a aquellas partes...” (59).

La realización de la empresa política de asegurar bases españolas en Saboya, además de un adelantamiento excepcional a la marcha de la Historia, es, por su trascendencia, un punto positivo más en la labor llevada a cabo en el norte de Italia por el conde de Fuentes desde su gobierno del Milanesado. Y ello en unas circunstancias las menos a propósito para alcanzar éxito tales iniciativas arriesgadas. Con la entrada de tropas en Saboya se alcanzaba una serie de objetivos de primer orden y que pueden resumirse en: *a)* Dificultar o hasta imposibilitar cualquier desviacionismo del duque hacia Francia, asegurando su estrecha dependencia de la monarquía española. *b)* Cerrar por entero la puerta de los Alpes a la actuación francesa en Italia (59), que, de esta suerte, además de verse obligada a buscar caminos de acceso más dificultosos, por Suizos y Grisonos, tardaría casi ocho años en situarse, tras esfuerzos infatigables de su diplomacia. *c)* Asegurar la defensa del Estado de Milán —consecuencia lógica del

(55) *Ibidem*.

(56) “...viendo cuán exhausto estoy de medios ni que pueda haberlos para acudir a tantas cosas como son menester, y el que ve por los ojos...” *Ibidem*.

(57) La Quemada, 10 octubre 1602; Felipe III a Fuentes; A. G. S., E. 1937.

(58) *Ibidem*.

(59) Turin, 23 julio 1602; Ledesma a Felipe III; A. G. S., E. 1291.

apartado anterior—, permitiendo a Fuentes desplegar hasta el máximo su entera acción política, en el intento por conseguir nuevas vías hacia Centroeuropa a la política española y en acentuar la dominación exclusiva de la monarquía en Italia. *d*) Finalmente, una importante consecuencia de matiz económico, aliviar al Milanésado de una pesada carga militar, como la supuesta por la manutención de seis mil hombres y mil caballos (60). Pudiera añadirse una consideración de gran fuerza, aunque más indirecta: la posibilidad de distraer a Enrique IV de sus constantes ayudas a las Provincias Unidas de Holanda, que hacían peligrar los planes de Felipe II de su sumisión a los archiducos por la cesión en soberanía de Flandes (61).

Por lo que respecta a Francia, no hay duda que la entrada de las tropas españolas en Saboya produjo enorme desasosiego, cuando seguía en el aire el temor que el esclarecimiento de la conjura de Biron y sus derivaciones había motivado. El 18 de agosto, dijo Villeroy al embajador español Juan Bautista de Taxis, de parte de Enrique IV, que el no haberse movido los napolitanos de Brancaccio de Saboya, aun habiéndose retirado Lavardin de Bresse, y entrado además a reunírseles nuevas tropas procedentes del Milanésado, daría origen a un nuevo y más grave incidente entre ambas coronas. Porque, si las tropas se dirigían a Flandes, no habría causa de queja, pero si permanecían en Saboya, a fin de fortificar y reforzar sus plazas —es decir, crear nuevas bases de operaciones contra Francia—, su rey ordenaría a Lavardin volver hacia el Ródano (62). Esta amenaza tan clara suscitó los más vivos y enconados comentarios en el seno del Consejo de Estado de Felipe III, ya que no constaba en ninguna de las estipulaciones de los tratados de paz una prohibición de tal género. Es cierto que la amenaza contra Francia, y precisamente cuando su monarca acababa de sentirse tan en peligro (desconocía todavía todos los alcances del asunto Biron), no podía ser más directa. Sin embargo, hubo pareceres, como el del conde de Alba de Liste que, juzgando la nota francesa de impertinencia intolerable, solicitaba la inmediata ruptura de hostilidades, aprovechando, incluso, los sucesos internos de Francia. Pero la realidad de la situación, sobre todo desde el punto de vista económico, moderó los primeros impul-

(60) Ibidem.

(61) Agosto, 1602; Consultas del Consejo de Estado; A. G. S., E. 1291.

(62) París, 27 agosto 1602; Taxis a Felipe III; A. G. S., K. 1605.

sos y permitió al duque de Lerma proseguir aquel intento de aproximación entre las dos coronas, soslayando cualquier incidente que pudiera obstaculizarlo (63).

Enrique IV volvía a la carga en sus acusaciones, como Taxis daba cuenta en su correspondencia, acentuando su animosidad al conocer por las confesiones del conde de Auvergne, que Felipe III había dado su beneplácito a las negociaciones de Fuentes con el duque de Biron (64). Consideraciones análogas, desesperado por la entrada de tropas españolas en Saboya, hizo al conde de Vische, embajador extraordinario de Carlos Manuel. Villeroy, con el pensamiento puesto ya en la idea de neutralizar al Duque, a fin de aliviar siquiera por una de las fronteras el cerco español, le expuso también el gasto que representaría para aquellos pequeños Estados el sostenimiento de un ejército tan numeroso, y le recordó de paso, que la posición de Saboya entre España y Francia, debía basarse en su neutralidad, como se había acordado en el tratado de Chateau-Cambrésis (65). En el futuro, la trayectoria de la política francesa, impuesta por el impacto que hubo de suponer la decisión de Fuentes, intentaría, antes de atraerse directamente a Carlos Manuel, irle apartando poco a poco de aquella dependencia tan marcada hacia España, incrementada con la presencia de las tropas en sus propios Estados. Tarea dificultada por la actitud del Duque, tras haber sido durante tantos años enemigo encarnizado de la monarquía francesa. El objetivo más remoto, también se había logrado, porque la presencia de las guarniciones en Saboya distrajo en efecto, por algún tiempo, los designios de Enrique IV sobre Flandes; por lo menos, así lo aseguró Bellegarde, lugarteniente de César Vendôme (hijo natural del "Vert Galant") y nuevo gobernador de Borgoña, después de la ejecución de Birón (66).

Pero, si España se había asegurado la fidelidad —más que puesta en duda— de Carlos Manuel, la venida de los príncipes saboyanos a la corte seguía sin resolverse; la orden dada por Felipe III, en 1601, no se había cumplido, pues el Duque supo zafarse, alegando falta de dinero. Precisamente, uno de los cometidos del marqués de Este en

(63) Valladolid, 12 septiembre 1602; Consultas del Consejo de Estado; A. G. S., K. 1426.

(64) París, 1 octubre 1602; Taxis a Felipe III; A. G. S., K. 1605.

(65) Turin, 7 octubre 1602; Ledesma al mismo; A. G. S., E. 1291.

(66) Turin, 11 diciembre 1602; el mismo al mismo; A. G. S., E. 1291.

su viaje a España, fue el de exponer su precaria situación económica, debido a la guerra recién sostenida contra Francia. El Consejo de Estado consultó la conveniencia de que fuera socorrido con una buena suma de dinero, decidiendo Felipe III hacerle merced de cincuenta mil ducados por una sola vez (67). No obstante, tal merced tenía difícil cumplimiento, porque se encargó a Fuentes hacerla efectiva (68), cuando la situación económica del Milanesado era muy deficiente, tras los gastos del levantamiento y despido del gran ejército formado a fines de 1600 y comienzos de 1601. Y el conde estaba, por otra parte, escarmentado, no sólo de las promesas del monarca, que tanto tardaban en hacerse realidad, sino también de las dificultades y pérdidas impuestas por los "asientos" concertados con los hombres de negocios genoveses.

Las peticiones del marqués de Este y la resistencia encontrada en el cumplimiento de la merced del rey español, hicieron comprender a Carlos Manuel que, mientras conservase a sus hijos a su lado, podría contrabalancear en alguna forma su estrecha dependencia de España. Tampoco ignoraba cuál era el sentir de los franceses al particular, que tan bien concordaba con la verdad de la cuestión; es decir, que el objetivo primordial que movía a la corte de Felipe III a reclamar la educación de los príncipes en España, era la de contar con otras prendas que obligasen aún más al duque a permanecer fiel al servicio de la monarquía y a sus intereses en Europa, oponiéndose a la neutralidad perseguida, con el mismo objeto, pero en sentido contrario, por Enrique IV. Así se lo dio a conocer el Papa Clemente VIII al embajador español en Roma, duque de Sessa (69).

Firme en su primera decisión, en la primavera de 1602, volvió

(67) "He resuelto hacérsela de cincuenta mil ducados de ayuda de costa por una sola vez..." Autillo, 24 enero 1603; Felipe III a Fuentes; A. G. S., E. 1291.

(68) "Así que de cualesquier dineros míos d'esa mi Cámara o de los que yo os mandare enviar de acá, se den y paguen al dicho duque... los dichos... ducados, ordenando que se tome carta de pago de todo." *Ibidem*.

(69) "... particularmente el primogénito, recelando que el principal fin d'esto haya sido tener semejantes prendas para obligar a su padre haber de seguir siempre el servicio de Vuestra Majestad y salir de la neutralidad que ellos pretenden...". Roma, 25 abril 1602; el duque de Sessa a Felipe III; A. G. S., K. 1631. Vittorio Siri: *Mémoires secrets tirés des Archives des Souveraines de l'Europe, depuis le règne de Henri IV*. Edic. trad. Amsterdam, 1765; t. II, página 15.

Felipe III a la carga, solicitando con viva instancia la venida de los príncipes sus sobrinos; a cuyo efecto situó en Génova cincuenta mil ducados para los gastos del viaje, pues confiaba —como escribió a Ledesma— en su inmediata llegada a Barcelona (70). Pero surgió un nuevo inconveniente, ya que no habiendo sido entregados en Génova veinte mil ducados de los cincuenta mil dispuestos, la armada de galeras hubo de abandonar aquellas costas sin embarcar a los príncipes (71). Ya en el otoño del mismo año, el monarca español comunicó a Carlos Manuel haber ordenado al duque de Tursi embarcar a los príncipes en sus galeras en Villafranca de Niza (72). Tanta insistencia, no alcanzó resultados por el momento; y eso que, a los motivos expuestos para hacerlos venir, se unió la conveniencia de cortar las negociaciones de Carlos Manuel con el Duque de Mantua, en que tanteaba la posibilidad de casar a la hija mayor con el heredero de éste, fijos sus ojos en el Monferrato como fácil camino a la expansión de su Estado, en otra dirección que no la tradicional (73).

(70) Aranjuez, 8 mayo 1602; Felipe III a Ledesma; A. G. S., E. 1937.

(71) Valladolid, 28 agosto 1602; Consultas del Consejo de Estado; A. G. S., E. 1937.

(72) La Quemada, 10 octubre 1602; A. G. S., E. 1937.

(73) "... entretenerlo y dilatarlo, con persuadir al duque que me de cuenta d'el y de las condiciones con que el de Mantua se resuelva a efectuarlo...". Madrid, 3 junio 1602; Felipe III a Ledema; A. G. S., E. 1937.